

LaJornada
SEMANAL
SUPLEMENTO CULTURAL DE LA JORNADA
DOMINGO 22 DE DICIEMBRE DE 2024
NÚMERO 1555



Cuéntame tu Navidad

Agustín Ramos, Alma Mancilla, Hermann Bellinghausen, Evelina Gil, Marco Antonio Campos, Cintia Neve, Rafael Aviña, Artemisa Téllez, Antonio Valle, Enrique Héctor González, Alejandro Montes, Luis Tovar



Portada e imágenes interiores:
Rosario Mateo Calderón.

CUÉNTAME TU NAVIDAD

Navidades hay muchas, comenzando por una estrictamente religiosa, de acuerdo con la cual el nacimiento de Jesucristo tuvo lugar el 25 de diciembre del año cero –las cosas se complican al considerar que, en épocas distintas, muchos dioses de muchas religiones nacieron en la misma fecha–; pero de aquella surgió, siglos después, una pléyade de navidades: la mercadotécnica, la familiar, la infantil, la íntima, la ignorada, la rechazada, la indiferente... es decir, tantas como personas se hacen eco del festejo, cada una a su muy particular manera y en función de sus creencias –o la ausencia de las mismas. Como todos los años, ofrecemos a nuestros lectores una breve selección de cuentos que, desde distintas perspectivas, hablan acerca del significado particular e íntimo de su muy personal Navidad, mismo que, no sin paradoja, puede resultar siendo muy parecido al de muchas otras personas.

DIRECTORA GENERAL: Carmen Lira Saade

DIRECTOR: Luis Tovar

EDICIÓN: Francisco Torres Córdova

COORDINADOR DE ARTE Y DISEÑO:

Francisco García Noriega

FORMACIÓN Y MATERIALES DE VERSIÓN DIGITAL:

Rosario Mateo Calderón

LABORATORIO DE FOTO: Adrián García Báez, Israel Benítez Delgadillo, Jesús Díaz y Ricardo Flores

PUBLICIDAD: Eva Vargas

5688 7591, 5688 7913 y 5688 8195.

CORREO ELECTRÓNICO: jsemanal@jornada.com.mx

PÁGINA WEB: <http://semanal.jornada.com.mx/>

TELÉFONO: 5591830300.

La Jornada Semanal, suplemento semanal del periódico La Jornada. Editor responsable: Luis Antonio Tovar Soria. Reserva al uso exclusivo del título La Jornada Semanal núm. 04-2008-121817375200-107, del 18/XII/2008, otorgada por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Licitud de título 03568 del 28/XI/23 y de contenido 03868 del 28/XI/23, otorgados por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación. Editado por Demos, Desarrollo de Medios, SA de CV; Av. Cuauhtémoc 1236, colonia Santa Cruz Atoyac, CP 03310, Alcaldía Benito Juárez, Ciudad de México, tel. 55-9183-0300. Impreso por Imprenta de Medios, SA de CV, Av. Cuauhtémoc 3353, colonia Ampliación Cosmopolita, Azcapotzalco, CP 02670, Ciudad de México, tels. 555355-6702 y 55-5355-7794. Distribuido por Distribuidora y Comercializadora de Medios, SA de CV, Av. Cuauhtémoc 3353, colonia Ampliación Cosmopolita, Azcapotzalco, CP 02670, Ciudad de México, tels. 55-5541-7701 y 55-5541-7702. Prohibida la reproducción parcial o total del contenido de esta publicación por cualquier medio, sin permiso expreso de los editores. La redacción no responde por originales no solicitados ni sostiene correspondencia al respecto. Toda colaboración es responsabilidad de su autor. Títulos y subtítulos de la redacción.

Dos cuentos

Marco Antonio Campos

El gran defensor de Italia

DESDE HACÍA MUCHO tiempo el abogado Mario Barbaro –alto, moreno, algo grueso, sesenta años– tenía la costumbre de asistir a recitales y conferencias de poetas y escritores extranjeros, mucho menos por aprender, que para enterarse si alguien hablaba mal de Italia, o peor, de los gobiernos italianos, para emprenderla a gritos contra el poeta, escritor o conferencista que caía en semejante desacato. Barbaro, a la menor mención o alusión se paraba del asiento y se ponía a gritar como delirante, vociferando que él estaba orgulloso de Italia y de sus últimos gobiernos, en especial los de ultraderecha.

El abogado se volvió parte intrínseca del folclore de manicomio en el norte de Italia. Cuando yo iba a las regiones de la Lombardía o del Véneto, me gustaba asistir a su defensa del ultranacionalismo, y siendo el primero en llegar, soportaba, mientras me reía por dentro, su mirada acusatoria por mi pinta de tercermundista mugroso y socialdemócrata de pacotilla.

Pasaron los años, pero no pasó la actividad febril de Mario Barbaro. Cuando alguna vez lo callaban o lo corrían, orondo se paseaba por el recinto, se pegaba un cartel en el pecho, el cual tenía frases muy pulidas como: “¡El Duce volverá para levantar a la patria!”, “¡Les advierto que tendrán un fin como el de Matteotti!”, “¡Berlusconi es Dios Padre, Salvini es Dios Hijo y Beppe Grillo el Espíritu Santo!”, “¡Que se vayan por el culo los rojos facinerosos!”

Y haciendo señas obscenas salía triunfalmente de la sala ●

*Aunque en italiano no hay acento, suena la palabra como esdrújula.

Buscando a Boccaccio

SALIERON TEMPRANO de Florencia. Recorrieron en automóvil cuarenta y ocho kilómetros de bellísimos paisajes de colinas y viñedos bajo un sol espléndido. Subieron en funicular al breve pueblo antiguo de Certaldo.

Aquella mañana de junio de 2024 Martha, Federico, Antonella y Marco Antonio entraron a la iglesia de San Filippo y Jacopo. Leían una placa en latín en el centro de la nave, donde hay en el piso una lápida con el trazo tosco de la figura del toscano, que sugiere que en un principio reposan bajo de ella los restos o las cenizas de Giovanni Boccaccio. Sin embargo, en la placa informativa se deja caer una gota de duda, y sí, claro, en algún lugar deben estar, probablemente por ahí, mira, dijo Martha, no, no, más allá, a la izquierda, indica Marco Antonio, o más, un poco más, no se pudieron perder ni siquiera por los bombardeos nazis de la segunda guerra mundial que destruyeron la iglesia –apunta Federico–, a lo mucho se diseminaron, interrumpe Antonella, pero si en la misma placa se duda que los restos o las cenizas estén allí, es porque vieron que no había nada, dice Marco Antonio, sin embargo, es cuestión de levantar todo el piso y excavar, y ya verás, sí, deslizó Martha, aparecerán los huesos o las cenizas...

Y los cuatro concluyeron que primero se pierde la fe a que se pierdan en la iglesia los restos de Boccaccio ●





La bici

Cintia Neve

Viernes 25 de diciembre

El sol blanco del invierno enceguece. Es la hora de la siesta y Fran está en la acera con su bicicleta. ¡Me encanta la bici, papá!

Héctor lo mira con amor y ríe.

Ya ves papá que sé andar muy bien. Hasta podría correr una carrera.

El padre se incorpora y se cruza ante el niño. Espera, espera Fran. Quiero que vengas hacia mí para tomarte una foto.

Fran se detiene, sonriendo. ¡Papá, no te pongas enfrente, te puedo chocar así! ¿Después podemos ir por un helado?

Héctor está concentrado en tomar la foto con una cámara instantánea.

Fran insiste: ¿Sí podemos ir por un helado? Héctor mira las piernas del niño y nota que tiene la piel de gallina. Lo abraza con la mano libre y le frota la espalda.

O por un chocolate, vamos por un chocolate, anda.

El hijo lo mira con ojos juguetones. El padre besa su cabello y acepta.

Sábado 26 de diciembre

Héctor y el Vato están fumando en el jardín, después de tocar en la fiesta navideña de la familia Posadas Rico. El Vato tiene varias copas de más, quiere que Héctor lo lleve a su casa. En un segundo el Vato cae al piso, vomitando.

—¿Qué haces wey? No mames, levántate.

Le quita el saxofón y lo levanta del brazo. El Vato vomita un poco más y se tambalea. El dueño de la fiesta, el jefe Posadas Rico, se acerca. Héctor lo ve venir y piensa: Otra vez no nos van a pagar, chale. Posadas Rico señala la fiesta y les habla con cara de enojado, gesticulando. Enseguida se excusa y regresa con sus invitados. Héctor recibe un solo billete que guarda en su bolsillo y arrastra al compadre borracho hacia el coche.

—Ámonos. Al menos soltó pa la gas.

Héctor arranca. Toman el camino de la enorme casa y giran a la derecha, por una carretera oscura y estrecha. Maneja y bosteza. Abre la ventanilla para que le dé el aire fresco. Le molesta el golpeteo que hace el viento. Ya no ve luces más que a lo lejos. Enciende el radio bajito pero no le gusta la canción. La quiere apagar pero no acierta al botón. Pestañea y siente el impacto de algo duro que rueda bajo el coche. El volante se descontrola. Aprieta fuerte el freno y el Vato vuela partiendo el parabrisas con su cabeza. Pestañea y Héctor sale despedido también.

Está en el piso. Huele a tierra seca y a gasolina. No se puede mover. Siente su cuerpo dolorido, ve el cuerpo del Vato panza abajo, con la cabeza llena de sangre y los brazos abiertos. Está muerto ¿O estaré muerto yo?

Domingo 27 de diciembre

Héctor abre un ojo y mira hasta donde alcanza. El Vato sigue igual. Héctor tiene sed y le duele el cuerpo. Siente unos pasos que comen tierra yerma. Un viejo con cara de mapa se agacha, lo oye respirar. Saca de su morral una jicarita. Le abre un poco la boca y echa un chorrito de agua.

Héctor traga.

El viejo sonrío y muestra pocos dientes. Le da una palmada en el pecho y se va. Héctor parpadea un par de veces y se queda dormido.

Despierta en una choza de piso de tierra y techo de palma. Hay un fogón encendido detrás de su cabeza y a un lado el viejo sentado, mascando algo.

El viejo se acerca a Héctor, le sonrío y le vuelve a dar agua en una jicarita. De su bolsa saca una bolita negra, la mastica un poco y luego se la pone en la boca a Héctor. Lo agarra de la mandíbula para hacerlo masticar, le tapa la boca y la nariz para hacerlo tragar. Héctor traga como reflejo.

Se vuelve a dormir.

Sueña que está de pie, en la fiesta navideña. Y luego, parado en el desierto, perdido, caminando para todos lados y sin poder salir. No hay nada ni nadie, sólo montañas y desierto. ¡Hijo, hijo! ¿Dónde estás? ¡Fran! ¡Fran!

Hijo perdóname. Tuve un accidente y no sé bien dónde estoy. Hay un viejo ayudándome. ¿Será dios? Dicen que puede llegar en cualquier forma. Pero no puedo hablarle, le pedí que te llamara y te dijera que estoy vivo, que en cuanto me recupere volveré a buscarte.

Escucha el eco. Lloro.

CODA

Ochocientos treinta y dos sábados después

Fran ya tiene veinticuatro años. Está en la bicicletería. Suena su teléfono y atiende.

—Hola, qué onda. No, no, estoy esperando que terminen de arreglar mi bici, sí, ajá.

Sin interrumpir su llamada le contesta al bicicletero señalando un clásico negro.

Fran levanta la mirada y el bicicletero le pregunta con un gesto si quiere sentarse.

—Sí, claro, es esa bici, la que me regaló para aquella Navidad. Bueno, algunas partes.

Fran se acomoda los lentes oscuros y cambia de mano el teléfono. *Caminando hacia la esquina*, se sienta en el cordón de la vereda.

—Pues sí pero ya sabes, como niño no entendía por qué me dijo que mañana venía y no apareció nunca más. Lo odié hasta que un día me di cuenta de que me había olvidado de él. ¿Y qué crees? Que mi pinche jefe decidió volver de la muerte. Jaja, sí, la semana pasada.

—Dice que tuvo un accidente y que se quedó en el desierto mucho tiempo con un viejo que no hablaba una palabra de español y no sé qué tanto. Quién sabe.

Con el teléfono aún en la mano, se mueve sin alejarse.

—¿Y qué le voy a decir? Me reí y le dije, y ahora pa qué ... El caso es que quiere verme, que tengamos una relación, qué se yo. Oye, me voy, me están llamando que ya está mi bikla. Cámara wey. Nos topamos.

El bicicletero le entrega un paquete con las partes que le quitó a la bici, envueltas en periódico. Héctor las toma y ve una foto de su padre joven, lee la noticia: Oficial de Aduana misteriosamente asesinado en operativo antilavado ●

Inyección de vida

Enrique Héctor González

EL CUARTO OLÍA a orines ambarinos, a gato encerrado. La tía Zenaida vivía en una vecindad desahuciada de la colonia San Rafael y mi abuelo me había llevado a verla solo, porque a mis hermanos siempre les pareció inútil obedecer y en casa las reglas las poníamos nosotros. La tía era tía de mi abuelo, una viejecita venerable de noventa y cuatro años cuajada en la rancia atmósfera de su hábitat como una mosca o una pasa en gelatina tenebrosa. Aunque su cama era anchísima y la mesa vecina de esas estrictamente cuadrangulares que se ven en la pintura *naïve*, el cuarto parecía de tres metros por tres, visto lo sofocado que estaba por prendas diversas, cientos de trastos amontonados por todas partes, viejas revistas de moda, algún taburete a los pies de una cómoda; junto al *chiffonier* apollado, varias colchas y chales espesos que se miraban eternos en la exangüe languidez en que los habría abandonado –haría años– su empolvado reposo; y, decorando la habitación, numerosas fotografías indolentes en las paredes ojerasas.

Me senté en cualquier parte cuando advertí que, para esos dos viejos, yo no podía ser sino otro mueble invisible. Hablaron de muchas cosas, de nada, de recuerdos tan antiguos que las mismas palabras asmáticas con que los evocaban se equivocaban en el aire, entre ronqueras perennes y olvidos repentinos.

El rostro de mi abuelo, socarrón y risueño, estaba fijo en el de Zenaida, que era una máscara de colores altisonantes. Pensé que habrían acordado este encuentro semanas atrás y se presentaban del modo más cercano a lo que concebían como su imagen más propia: él con el mejor de sus sombreros, ella con las mejillas barnizadas de polvo escarlata y el resto de la cara empantanado en una máscara lodosa de cera blanca.

Al principio pensé que la cercanía en la que conversaban era la conveniente a la estrechez del cuarto y a los demacrados decibeles de sus voces derruidas –si no es que a la paranoica voluntad de que no los escuchara. Yo, por mi parte, me fingía entretenido en tratar de reconocer desde mi asiento a los personajes de las fotos –no parecían pegadas ni clavadas a la superficie, sino que emergían de las entrañas carcomidas del yeso como manchas emborronadas. Al principio, digo, yo parecía más bien estorbar que servir para nada y no fue sino cuando la tía se ausentó por un instante que algo me empezó a incomodar sin que pudiera ubicar el motivo, alguna señal o aviso. El caso es que cuando Zenaida regresó con la jeringa en la mano, mi abuelo ya estaba encima de mí, haciéndome caer al piso agrietado y grasiento, junto a un zapato de mujer con la punta desgastada y la tirilla rota.

No me costó trabajo empujar hacia un lado al abuelo, pero no pude evitar el piquete de la aguja en la ingle, asestado por la mano indecisa de la tía, y que aun a través del pantalón pudo sacarme algo de sangre. Conseguí desprenderme de los viejos y salir corriendo de ese cuarto maloliente con quién sabe qué rumbo. Luego de recorrer un interminable laberinto de patios



y oscuros pasillos, llegué al zaguán de la entrada, donde dos muchachitos apenas más grandes que yo se besaban frenéticamente.

Me miré el pantalón herido y vi que la sangre no era para tanto. Luego de pensarlo un poco, decidí regresar al cuarto de la tía. Lo encontré sin ninguna dificultad, como si hubiera vivido allí toda mi vida. Intenté abrir la puerta con algún temor y mucho remordimiento, pero algo obstruyó el giro de la hoja de madera. La empujé con más fuerza, pero apenas conseguí desplazarla unos centímetros, como si se tratara de la pesadísima losa de una cripta. Me tiré en el suelo, empujé desde abajo y entonces la puerta se desprendió del marco y cayó sobre mí con un ruido derruido e infinitamente lento. Cuando me la quité de encima –no sin el desquiciado esfuerzo de mis cuatro miembros– salí a la luz de una mañana particularmente marchita, en el más solitario de los cementerios, como un cadáver que ha vuelto a respirar el aire de todos los días ●

Un encuentro

Artemisa Téllez

BUSCÓ EN SUS ojos con miedo, no estaba segura de encontrar lo que quería, luego buscó en su boca que al acercarse la besó, se dejó besar, se besaron y sus lenguas jugaron y sus manos se encontraron en el silencio lleno de latidos de corazones, de respiraciones cortadas. Se encontraron, fue toda una sorpresa, llevaban años de conocerse, de ser amigas, pero no, nunca se habían visto con esos ojos que les desató el champán, la fiesta y los fuegos artificiales del fin de año, del principio... No, nunca se habían gustado, era un misterio.

Emilia aceptaba desde siempre que su amiga era hermosa; Diana ni eso siquiera. Pero esa noche se besaron; los labios, las manos, el cuello y luego se habían ido juntas a todo correr, sin explicar a nadie su incomprensible prisa. La dulzura repentina en los ojos de Diana lo había dicho todo: ella tan fuerte, tan dura de pelear, tan Diana, le faltaban el arco y las flechas, pero nunca la precisión, la mirada viril, el cálculo... Hoy no, hoy temblaba confundida entre burbujas de champaña, canapés, vino y música.

Emilia le abrió la puerta del carro, las manos le sudaban y sentía que el rojo de los vinos que se había tomado le llenaba las mejillas. Manejó a toda velocidad por la carretera vacía (la tan deseada fiesta en Cuernavaca le parecía una maldición en estos momentos, si por lo menos trajera dinero para un hotel, aunque tal vez parecería una ansiedad grosera). Diana reía, reía sola de sus anécdotas que Emilia no escuchaba; sólo fumaba y conducía, la conducía, hacia su casa.

El año nuevo era siempre un parteaguas en la vida sentimental de Emilia; recordaba todas sus farras y borracheras, todos sus fajes, relaciones y conquistas tenían siempre algo que ver con año nuevo. Tal vez era por el alcohol, ella era en general muy tímida. Diana no notaba su silencio, seguía hablando, hablando y bebiendo y se recargaba en ella y la miraba por el espejo. Emilia sólo sonreía, era una mujer muy hermosa y cada vez que pensaba en esto recordaba a su padre enseñándole los desnudos que pintaba, los desnudos de Renoir, Picasso, Botticelli; los desnudos de mujeres mucho más bellas que ellas dos. Repetía lo que él le había dicho: que la mujer es redonda y curva, cueva y madre, atractiva, misteriosa, llena de gracia y perfecta. Toda su vida se había recreado en estas palabras, siempre las repetía para sí pasando por alto el detalle de que su padre, además de pintor, era hombre.

La carretera se dibujaba larga, llena de rayas entrecortadas y de árboles lejanos. Faltaba muy poco para entrar en la ciudad; pensó detenerse a calentar un poco más la escena, pero prefirió seguir para llegar lo más pronto posible.

Diana miraba el camino ya sin hablar. ¿Por qué hasta ahora? –preguntó Emilia rasgando el silencio-. ¿Qué? –rió Diana negándose a pensar-. ¿Por qué hasta ahora?, somos amigas, las dos sabíamos que.. ¿Somos lesbianas? –interrumpió Diana-. –Sí... (a Emilia no le gustaba esa palabra) Porque así se dio, así es la vida, el alcohol, el amor... ¡¿Amor?! Tranquila, no te claves, si esto va a ser un lío, mejor no lo hacemos, yo te quiero mucho y no hay bronca ¿vale? (Emilia tenía pegado ese “vale” desde su viaje a España) Vale pues, respondió Diana sonriendo y volvió a mirar el camino.

Llegaron al departamento y aunque Diana estaba dispuesta a dejarlo por la paz, Emilia estaba segura de que tenía que ser

porque su amiga era hermosa como un Renoir y porque eso no tenía por qué afectar un cariño de tantos años. Abrió la puerta, prendió la luz y se quedó mirando a Diana, que comenzó a reírse de nuevo. Se dio cuenta de lo tonto de su actitud, reflexionó un poco y se acordó del vino alemán que dormía en el fondo del refri. Lo sacó, sirvió dos copas y aunque Diana dijo que ya no podía más, se lo tomó y luego se sirvió otra vez. Emilia la besó junto a la boca, después en la punta de la oreja. ¿Sigues con eso? –preguntó Diana con un tono más agradecido que reprochante.

Las manos, más rápidas que los ojos, corrieron sobre las telas, desabrochando botones, desatando lazos, abriendo espacios hacia la piel desnuda; los labios secundaban la travesía a todo lo largo y ancho del cuerpo ebrio de su amiga. Ella escuchaba en sus adentros: “La mujer, la redondez, la complejidad” y ardía. Se encontraron sus manos, sus brazos y su vientre; se encontraron sus dedos y sus sexos; la miró con miedo de no encontrar lo que buscaba, pero se le había olvidado qué era y de momento no le importó más ●



Larvas

Rafael Aviña

LA SENSACIÓN DE asfixia pesaba aún en mi garganta. Me sentía aturdido y con la impresión de haber reprimido el llanto o tal vez un grito. Mis párpados, al igual que aquellas pesadas cortinas color índigo cuya imagen permanecía todavía en mi mente, se abrían con dificultad. Pareciera que el simple acto de despertar me hubiera llevado toda una vida. Y no exageraba. Aquel extraño y angustioso sueño del que por fin lograba escapar, no era una pesadilla; en realidad era un recuerdo. Una remembranza de casi sesenta años que permanecía oculta en mi subconsciente, agazapada y amenazando con cruzar la puerta de mi memoria en cualquier instante.

Me encontraba entumecido y respiraba con dificultad. Las manos me temblaban y sentía una ligera taquicardia debido a ese brusco volver en sí. Aquella evocación era tal vez la más antigua de mi infancia. Al menos, de la que tenía mayor conciencia. Aquel evento sucedió una mañana de 1963, un 26 de diciembre. Yo era un niño de tres años de edad y me entretenía viendo caer las hojas de un árbol a través de una ventana ovalada que remataba en un pequeño jardín interior de un hospital. Con seguridad un Centro de Salud, de aquellos que se construyeron por decenas en los años sesenta. Paredes níveas y austeras. Pisos de mármol. Enfermeras portando cofias y algún médico junto a ellas ataviado con bata blanca y anteojos. Al fondo, un pasillo mal iluminado y un conjunto de sillas de plástico color azul eléctrico. Recuerdo bien que caminaba tomado de la mano por un adulto; tal vez mi padre, mi madre, o quizá mi tía Lupita. De pronto, nos detenemos en el umbral de lo que parece un amplio módulo independiente dentro de la misma clínica. Reparo en un curioso sonido que viene del interior. Es como el ronroneo de un gato aunque, en realidad, lo que se escucha es el rumor de un proyector de cine. Es la primera vez que lo oigo: *crrrrrrrrrrrr... crrrrrrrrrrrr...crrrrrrrrrrrr*. El sonido que produce resulta monótono, hipnótico y adictivo. Levanto la mirada. Ante mí se alza un par de gruesas cortinas de terciopelo azul pálido y deslavado que huelen a polvo y a humedad.

Detrás de ellas surge ese sonido que me eriza los vellos de la nuca. El adulto que me acompaña descorre con cierta dificultad esos inmensos telones plúmbeos. Adentro, la oscuridad es casi total. Se trata de un auditorio pequeño. Observo a mi alrededor varias hileras de butacas muy sencillas y me detengo en el haz de luz que sale del aparato proyector. Es como una guía fluorescente. Un faro, o una de aquellas luces que emitían aquellas linternas metálicas de tres colores que se vendían por aquel entonces. Esa luz transmite señales extrañas a mi cerebro. Sigo la línea luminosa que baña una pared resplandeciente donde coinciden todas las miradas de espectadores que no pierden de vista y en silencio las imágenes proyectadas en aquella penumbra. Mis ojos se acostumbran de a poco a esa oscuridad e intentan reconocer algún elemento de aquella desconcertante película.

En ese momento desconocía el trasfondo de aquel documental científico que se proyectaba. Atraído y hechizado, observo en esa pantalla improvisada decenas de insectos enloquecidos que se tropiezan los unos con los otros mientras arrastran con torpeza sus repulsivas patas. El sonido de la proyección pasa a un segundo plano y, en cambio, aumenta el crepitar de aquellas alimañas reptantes, cuyo desagradable ruido retiembla en mi cabeza: *croch...croch...croch...croch...* La imagen me horroriza y me impide moverme por varios minutos. Intento gritar pero no

lo consigo. No emito sonido alguno. Las personas a mi alrededor desaparecen y el cuadro de proyección parece crecer en forma descomunal y, con él, las quijadas, las patas, las antenas, las alas, el tórax y las decenas de ojos de esos bichos alcanzan proporciones inmensas... monstruosas...

De pronto, el eco del proyector se detiene y los insectos se inmovilizan en esa pared salpicada de luz. La película se atasca en el aparato. Aquellas larvas repugnantes se retuercen y parecen achicharrarse en una suerte de hongo atómico. El fotograma arde ante mis ojos y mi rostro iluminado observa embelesado esa imagen fascinante y dantesca. El olor a quemado satura mis pulmones. Detienen la proyección y las luces se encienden. Por alguna razón, ese recuerdo real, manipulado y quizá deformado a través de los años por mi propia mente convulsa e infantil surge ahora de improviso para descomponer mis sueños, para plantearme interrogantes o proponerme en retrospectiva una revisión de mi propia vida. O quizá con el único fin de sumergirme en túneles más profundos para descubrir claves en relación con una historia que he intentado contar desde la ficción, cuyas paredes escualidas y maleables están construidas de vagos recuerdos, de temores y frustraciones del inconsciente, o cimentadas con fantasías arropadas en la más absoluta clandestinidad de mi cerebro ●



Speculum

Alma Mancilla

MARU, MARU, es el día.

La voz venía del fondo de la olla, en una cocina a la que no supe cómo llegué.

¿Qué día?

El día, ya sabes, ése que llega lo quieras o no.

Miré alrededor, todo relumbraba, mis manos daban cuenta de las largas horas de labor pasadas allí. La ventana empañada dejaba ver hacia afuera una calle oscura salvo por las luces rojas, verdes y blancas del decorado propio de la estación.

No, le dije, este año no vienen, no van a venir.

Me asomé hacia el fondo de la olla, ahí donde la Otra me hablaba y gesticulaba, su rostro entero una distorsión. Me hice a un lado para verla mejor. Ella me miró de frente, enojada, acaso pensando que yo le debía más que ese comentario de pesimismo atroz.

Es Navidad, dijo ella frunciendo los labios, siempre vienen en Navidad, a estas alturas ya deberías de saberlo. Agregó que no es fácil, es cierto, pero no vamos a flaquear hoy, no este año, se espera mucho de ti, de nosotras quiero decir. Insistió en que ella misma se había esmerado aunque, por lo que pude ver, el otro lado lucía decrepito, polvoso, francamente un muladar.

¿Por qué no vienes y ayudas entonces?, sugerí. Entre las dos será más fácil.

Se encogió de hombros y noté su tristeza.

¿Allá también pasa?, quise saber, quizá con ingenuidad.

Claro que pasa, pasa en todas partes. Bueno, no, se corrigió enseguida, pasa en algunas, otras no tienen la suerte que tú.

Me pareció que *suerte* no era la palabra precisa. No supe qué decir y opté por la confesión:

Fui una mala madre, por eso Ana ya no nos visita.

La Otra se enfureció:

¡Olvidate de Ana! ¡Piensa en los demás! Escucha: ya se oyen los pasos...

Agucé el oído pero nada escuché. Tuve miedo porque hacía horas que no me aventuraba más allá de este umbral. Y era el día del milagro, de las ocurrencias inusitadas, de los nacimientos inmaculados. Yo no era yo misma. Un zumbido me inundaba el cerebro. Chorrea de mis manos una nata grasienta. Debía haber metido el pavo al horno hacía muchas horas. Sentí que me desmayaba pero ella me rescató:

Siempre hemos sido anfitrionas perfectas, no vamos a fallar, esta noche no.

No, no, desde luego. Pero era, se sabe, de las noches más largas del año, suficientes horas como para que algo saliera muy mal. Ambas miramos de frente al espejo que nos reflejaba.

Fue una noche como ésta, musité. Las esferas relucían, las copas tintineaban...

Olvídalo, espetó. Éramos otras, otras...

Pensé en una vela, un espacio sinuoso, una grieta. Mi cocina se llenó de gente que no reconocí. Una mujer gorda vino a sentarse a mi lado. Metió las manos en el molde de la ensalada para probar. Una gota de crema le manchó la nariz de blanco.

Qué tontería reunirse en estas fechas, así nada más. Yo hace años que abolí esa costumbre. La familia, ya sabes, todo para qué.



Llevaba un niño en sus brazos, muy pequeñito. Lo acunó y apretó hasta que brotó una papilla con sangre.

¡Maru!, grité, ¡Maru, ayuda! Luego me acordé de que Maru soy yo.

Más allá brillaban las luces de un árbol que no era el nuestro. Abrí la puerta, necesitaba un poco de aire. El pasillo se estrechaba, afuera sonaban campanas, no sé de qué iglesia. Pregunté cuánto llevábamos allí dentro, si éramos fantasmas o qué. La Otra no creía en esas cosas y no insistí. Me aventuré en la estancia en penumbras. Encontré una escalera, una puerta, un jardín al que me asomé. Acá no nevaba, eso sólo pasa en alguna postal. Pensé en la nada, en lo imperfecto que nos reconcilia con el mundo, y cada año el ritual, del horno el calor sofocante, como de baño turco. Pero no eres normal si no participas, no te entregas, no te dejas llevar por la felicidad de estas fechas, por su humo y su miel.

Allá arriba todo está seco, dije, sin saber muy bien a qué me refería, con quién hablaba o por qué.

¿Hace cuánto que vives aquí?, me preguntó un hombre que iba pasando.

Noté que tenía la cara roja, como la de los recién quemados. De sus labios salió volando una carcajada. Creo que era el hombre que traía los regalos pero no llevaba su traje de siempre. Me acordé de otro año, de un día como éste, el cuarto con los primos, algún tío pasado de copas que me manoseó. Tantas cosas ocurrían en las sombras, incluso en noches así.

Cerré los ojos. Los volví a abrir. La cocina, las ollas, el pavo. El timbre de la puerta definitivamente sonaba.

Ve, ¿qué esperas?, ve ya.

Abrí la puerta. La abrí.

Pasen, pasen, dije poniendo mi mejor sonrisa, la cena está lista.

La cubertería brillaba, el pesebre también. Tanto tiempo, tantas ganas, tan poco al final. Ellos me besaron en las mejillas, entraron jalando sus colas monstruosas, frunciendo sus caras llenas de escamas. Se instalaron en el salón y la charla empezó. La noche era larga, la vida tan corta. Me quedé mirando hacia afuera, a la calle que parecía hecha de piedra pulida, al cielo en el que ninguna estrella brillaba. Jo, jo, jo, se escuchó.

Pasará, pasará, pensé, esto también pasará.

Cerré la puerta y me arrastré hasta el salón ●

Noche vacía

Alejandro Montes

LA CHATA LLEVABA más de diez años con nosotros. Así le puso mi papá porque tenía la nariz redondita. Mi mamá dice que cuando yo tenía meses de nacida, y Miguel gateaba, la Chata llegó solita a la casa. Tal vez inspiró lástima a mis papás pues la dejaron quedarse en la cochera, pero la Chata era inteligente y alegre: al poco tiempo ya dormía a lado del sofá de la sala. Entonces mi papá adaptó un cajón de madera con cobijas para la nueva integrante de la familia.

¡La Chata era bien juguetona! Y muy paciente: nunca se quejaba por nada, ni cuando Miguel se subía a ella como si fuera caballo de carreras o yo la abrazaba casi hasta asfixiarla de tanto apretón. ¡Era muy linda! Siempre movía su cola y ladraba con algarabía cuando llegábamos de la escuela o íbamos al parque a jugar durante toda la tarde. Jamás se enojaba ni aunque la jaláramos de la cola para darle vueltas. En cada Navidad la disfrazábamos de duende ayudante de Santa Claus. Con su disfraz ladraba de gusto alrededor del árbol adornado con las luces de las series de focos de colores. Entonces todos reíamos juntos. Una vez Miguel y yo nos quedamos haciendo guardia detrás del sofá para esperar a Santa Claus y la Chata, siempre a nuestro lado, jamás se separó de nosotros: nos sirvió de almohada con su cuerpo hasta quedarnos dormidos sobre su panza.

Pero la Chata empezó a apartarse. Cada vez jugaba menos. Ya no brincaba alegre cuando le acercábamos su comida favorita: tortillas remojadas en caldo de pollo. Mi papá nos dijo que ya se estaba poniendo viejita y, por eso, ya se cansaba fácilmente. Mi mamá nos explicó que estaba débil porque los perros, aunque no parezca, también se fatigan de tanto ladrar y brincar para hacernos reír. Se acercaba Navidad y la Chata no se levantaba de su cajón con cobijas. Miguel y yo le dimos emulsión de Scott como nos obligaban a nosotros antes de comer, pues con ese jarabe sabor a pescado podrido era seguro que la Chata se pusiera bien para disfrazarla como cada año lo hacíamos. Pero la Chata no se levantó de su lugar. Se quejaba. Algo le dolía en la panza. Entonces Miguel y yo decidimos escribir a Santa Claus para que curara a la Chata en vez de traernos regalos.

Llegó el 24 de diciembre y la Chata sacaba mucha saliva amarillenta y apesosa por el hocico y casi no abría sus ojos cristalinos, llenos de lágrimas. Mi papá se la llevó envuelta en una sábana blanca. Miguel y yo nos pusimos las chamarras para ir también pero mis papás, después de verse a los ojos, nos dijeron que mejor termináramos de adornar la mesa para la cena. Nos aguantamos, aunque no quisimos que se fueran sin nosotros. Mi mamá nos explicó que mi papá la llevaría con el veterinario para curarla; entonces Miguel y yo nos miramos con alivio porque la Chata regresaría para ponerle su disfraz de duende.

Las horas fueron lentas durante el día y, al fin, apareció papá... pero sin la Chata. Nos dijo con tranquilidad que el doctor de perros había ordenado que se quedara en el consultorio para quitarle



todos los bichos culpables de tanto dolor de panza. Luego mi mamá lo miró; mi papá esquivó sus ojos. Llegó la Nochebuena, cenamos desganados en la mesa adornada con figuras navideñas que habíamos hecho en la escuela y nos fuimos a dormir. Esa noche fue muy vacía sin la Chata. A la mañana siguiente, el árbol amaneció con juguetes para nosotros. La pista de coches para Miguel y la casa de muñecas para mí, pero el cajón de la Chata seguía vacío. Miguel preguntó a qué hora iríamos por ella, pero mi papá contestó que seguro aún estaba dormida de tantas inyecciones puestas por el doctor para perros. Mis padres jugaron con nosotros todo el día, tratando de distraernos... Vi el cajón vacío de la Chata, así como su disfraz de duende encima de sus cobijas, entonces tomé la carta a Santa Claus donde le pedíamos que curara a la Chata, la tiré con desprecio a la basura: desde ese día jamás volví a pedir nada a ese maldito impostor ●

Nydia y el Grinch

Evelina Gil

A PRINCIPIOS DE diciembre murió nuestra perra Nydia y mamá cayó en una depresión abisal. Papá y mi hermana se esforzaron por sacarla del marasmo recordándole que pronto sería Navidad y ante la alarmante indiferencia de ella por una fecha que solía anticipar con gran emoción, optaron por hacer de lado el arbolillo platinado que desmontaban cada año y adquirir un oloroso y magnífico pino que impregnara nuestro hogar de ese aroma único que, con toda seguridad, avivaría su nostalgia. Fuimos los tres a elegir el pino más hermoso, aunque a simple vista todos eran exactamente iguales. Sin embargo Priscila, mi hermana mayor, saltó sobre uno al que le encontró un montón de cualidades que mi padre y yo fuimos incapaces de discernir. Afirmó que era el más verde, el más fresco, el más perfumado. Que era *especial*. No se diga más. Mi padre, ya cansado, abrió la billetera y pagó el monto del pino en el que depositaron todas sus esperanzas de que mamá recobraría el espíritu navideño.

Mamá ni siquiera se interesó en participar en la ornamentación del pino, cosa de la que nos encargamos nosotros. Hasta papá que nunca tenía tiempo para “mariconadas” participó, más con nerviosismo que con alegría. Optaron por no usar los mismos adornos y adquirieron por Amazon otros más originales y modernos. Consideraron cambiar las esferas por animalitos de peluche, pero Priscila le recordó a papá que mamá guardaba luto por una perrita que lucía exactamente como eso, así que ella, personalmente, eligió unas figuritas como gnomos sonrientes que me resultaban espeluznantes (aunque no lo dije); una ristra de bolitas de madera en vez de escarcha y nieve morada. La reacción de mamá fue más tibia de lo que esperaba. Se limitó a decir, “ah, qué lindo, okey”, para luego regresar a la cama, arrastrando los pies, hueca de espíritu.

Las cosas se pusieron muy extrañas a partir de ese instante, pero yo fui el único que lo notó. El aroma a pino se intensificaba cada día, provocándome estornudos, pero ni mi padre ni Priscila y mucho menos mi madre parecían notarlos. Mamá no mejoraba, antes bien, empeoraba cada día, como si en vez de una mascota me hubiera muerto yo, su hijo consentido; peor aún, como si una enfermedad misteriosa hubiera aprovechado un súbito descenso de sus defensas para ensañarse con su organismo. Pero los médicos no encontraban nada físico y terminaron recetándole antidepresivos que la mantenían soñolienta y atontada. De los estornudos pasé a la náusea. El tufo navideño me expulsaba de mi casa. Busqué refugio en cafés, bibliotecas y cines. Nunca fui particularmente entusiasta de estas fechas pero estaba desarrollando una especie de alergia porque empezaron a inquietarme las luces y los sonidos festivos del exterior. Y de pronto no era sólo el aroma: eran ruidos que me sobresaltaban de madrugada. Claramente escuchaba algo que se arrastraba por el piso de piedra natural y aunque nunca me atreví a verificar si no se trataba de mi imaginación o de algún brote psicótico, veía claramente en mi cabeza cómo el pino se arrastraba con dificultad mons-



truosa, con los gnomos aferrados a sus ramas, bamboleándose como piezas de bisutería mientras tarareaban una cancioncilla navideña con voces de ardilla y, luego, ese maldito aroma invadiéndolo todo, filtrándose por debajo de mi puerta hasta obligarme a aplastar una almohada contra mi cara. Escuché risas de adultitos, imposible de confundir con niños; risillas perversas, guasonas. Pero también me pareció escuchar el familiar ruido de las pezuñas de Nydia contra el piso, integrada a una especie de ritual demoníaco que nadie mencionaba y yo no me atrevía a aludir por temor a que se pusiera en duda mi cordura, como hicieran con la de mamá.

Llegada la Noche Buena, mamá adujo sentirse demasiado débil para levantarse a compartir la mesa con nosotros. Era la primera vez en mis diecisiete años de vida que cenábamos algo preparado por manos ajenas; algo que ni remotamente se parecía al amoroso sazón de nuestra madre. Dejé el plato a medias y corrí a vomitar y Priscila me largó un sermón sobre el dineral que había gastado papá en darme gusto, pero papá la acalló diciendo: deja a Jano, que ganas no me faltan de hacer lo mismo. Todo esto es nauseabundo. Debería denunciar a estos dizque chefs.

El amanecer del 25 de diciembre, tras dormir de un tirón por primera vez en muchos días, me despertó un grito de Priscila, proveniente de la habitación de mamá. Corrí sin calzarme las pantuflas, con el frío traspasándome las plantas de los pies. Encontré a mi hermana aullando al lado de nuestra madre que lucía como una muñeca de cera, con sus bellas aunque desarregladas manos cruzadas contra el pecho y una sonrisa beatífica en su semblante, como si se encontrara en un lugar mucho mejor que este, al lado de Nydia. Tardé algunos segundos en sentirme invadido por el tufo que despedía el pino que parecía haber entrado en proceso de putrefacción, desnudo de gnomos y pintarrajeado de una sustancia morada ●

Postales (casas de cambio)*

Agustín Ramos

PERDONA QUE NO te mande una postal como la tuya, con paisaje de nieve y escrita a mano. De veras, de veritas me hiciste llorar. Mas ahora que lo importante está en pleno desuso; como platicar en directo, frente a frente, sin pantallas 3d de por medio, por ejemplo.

No lo niego, el totalai, como su nombre lo indica, es una maravilla para todo (menos para tener verdadero contacto). Y los mensajes manuscritos andan en las mismas, además a mí me tiemblan demasiado las manos. Sí, sí, ya era hora de dar el viejazo; así que paso a contarte lo que, según creo, aunque no lo acabe de entender, a ti más te interesa, lo de las casas de cambio instaladas más allá de la cúpula urbana.

Así como se alzaban los puentes levadizos en el primer medioevo, cuando había atmósfera, gravedad y distancias, así se obturan herméticamente las escotillas de la ciudad, conforme al horario que rige todas nuestras actividades.

Aquí las casas de cambio no son de divisas, porque, ¿para qué?, si la moneda es global y ya no circula el dinero tangible. Las internas son transparentes, como todo. En cambio las externas conservan cierto aire de cabina de fotos instantáneas. Cuántas no nos tomamos, siempre en blanco y negro, porque no había a color. Sonriendo, besuqueándonos, abrazados, poniéndonos cuernos, sacando la lengua.

A diferencia de las cabinas inteligentes del interior, que funcionan y se esterilizan en forma automática, las de los suburbios están peor que las casetas de aquellos teléfonos públicos de monedas que siguieron en pie décadas después de que la IA comenzara a desplazar todo lo analógico. Pero eso lo sabes y nada de lo que forzó las migraciones tumultuarias viene al caso...

Las casetas externas no escanean las pupilas y sólo algunas cuantas son *touch screen*. Aparte, por si las dudas, necesitas llevar aguja, espátula, hisopos y desinfectante propios y, además, aunque no puedas creerlo, todavía te piden la UIc. Total, metes tu tarjeta en la ranura para activar un audio como de avión antiguo. ¡Cuántos recuerdos tristes!, por eso solamente voy a esas cabinas cuando los consabidos efectos colaterales me agarran fuera de la bóveda.

En fin, si en el primer intento llega a pasar que deniegan la operación por fluctuaciones bursátiles, inspecciones aleatorias, alerta general o lo que se le ocurra al sistema, te hacen preguntas de verificación de identidad, estado de salud o equis antecedentes.

Aprobada la transacción, un fuelle suspira avisándote que saldrán sendas ventosas de los flancos para tus sienes y dos pinzas caimán para tus pulgares. Una diadema y una liga de vinil bajan del plafón, te las colocas, sigues las instrucciones y clic, la UIc cascabelea libre, recargada.

Vuelta a la luz, se cierra el cancel. Eeso es todo, amigos. Nos vemos el próximo período, o antes, si necesitas algo o adeudas algún servicio, siempre y cuando tu calibrador de productividad y signos vitales indique que has acumulado la suficiente energía. Si no, pues no...

Sales sin ganas de nada, muy débil, con tu palidez normal hecha transparencia de celofán sucio y a veces hasta enfermo de órganos inaccesibles, lo que aunque no te mata hace cada vez más penoso y eterno este desgaste. Pero es cuestión de acostumbrarse. Y como yo antes hacía mucho ejercicio, no padezco tanto, ahí la llevo.

Lo único que no cambia es que las recargas rinden cada vez menos ●

*Del libro inédito *71 cuentos completos*.



El regalo interminable

Luis Tovar

Trece años después, entre un agosto de mares verticales y un febrero de arenas que se incendian, el tiempo habrá de regalarle una turquesa:

Breve, pequeña y delicada, reúne apenas lo suficiente para ser un parpadeo del tiempo, una puerta que se suponía totalmente cegada, que de súbito mostró tener una finísima rendija atravesada de luz, por donde uno podía pasar en caso de intentarlo. Como dice Clarice Lispector, *era una noche muy hermosa que se parecía al mundo*.

Ella y yo también nos parecíamos: a la noche, al mundo, a nosotros mismos... A media frase, cuando no llevábamos sino unos cuantos minutos de habernos saludado, me dio la orden inesperada y dulce de abrazarla y yo la obedecí en el acto, todavía sin pensar –era imposible– en absolutamente nada que no fuera el abrazo por sí mismo y nada más: solidaridad y afecto, para la compañía y el apoyo, que sólo dura un puñado de segundos y casi de inmediato se disuelve, pero con suavidad, en el espacio que recupera su espacio entre dos cuerpos.

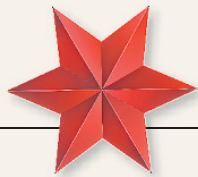
Ni siquiera porque poco antes del abrazo había pensado, con palabras que difícilmente alcanzaron a existir en su silencio, que algo estaba sucediendo –es decir, algo nuevo ahí, bueno y bello pero incomprensible; es decir, con ella buena y bella ahí con ese algo–, pues nunca antes había tenido así de cerca ese rostro ahora todo piel y labios y ojos y hasta calidez y aliento conforme se acercaba, en el vaivén del gesto... Ni siquiera entonces había modo ni razón para pensar que si algo estaba sucediendo podía tratarse de ese *algo* que yo tenía enterrado desde mucho antes. No era posible, ni siquiera imaginable, pero contra toda esa lógica, simple armazón arbitraria con la que se busca la tranquilidad –siempre, y eso con suerte, dispareja–, contra la que se suponía era la normalidad que nos correspondía, ella abrió una puerta personal que yo no sospechaba y simple, pero poderosamente, me tomó la mano.

A partir de ese momento la sorpresa, el vértigo y una variante insospechada de la felicidad comenzaron una danza que era un diálogo que era la respiración acelerada y un contacto donde la piel del otro no era nada más que el punto de partida. Por una vez sintiendo antes que pensando, dejé a un lado las ganas de averiguar lo que pasaba y, mucho mejor que eso, puse todo de mi parte para que pasara: se suponía que guardáramos silencio, pero ella tenía mucho por decir y nada la detuvo, ni las recomendaciones de los demás espectadores en el teatro ni la fuerza de los diálogos en torno a trenes, dioses y perdones que, allá en el escenario, le sirvieron de pie o de argumento y hasta de comprobación para siluetear el torrente irrefrenable de palabras que fue soltando, como flores que se desperdigaran de un enorme ramo, tan cerca de mi oído que, así de cerca y envuelto en su perfume de transpiración muy leve y días complicados, hice lo que me tocaba: tocarla, cada vez que le daba una respuesta, una apostilla, un elemento nuevo, haciendo más cálida la calidez de su lóbulo derecho pero también de su costado pero lo mismo del brazo al otro extremo de su voz y de la mía, pues quién sabe desde cuándo nos volvimos un nudo dulce de manos en cintura y mentones en el hombro, cabellos un poco confundidos, nacimiento de los pechos y pecho contra sien, de algún modo más atentos a lo que pasaba fuera de nosotros pero yéndonos, y juntos, a lugares que no estaban ahí sino, sospecho, en



el fondo de sus ojos o en la yema de sus dedos, que más tarde habrían de convertirse, sin que nos diéramos del todo cuenta, en eso que si podía parecer un simulacro, no lo era: nada hay de falso ni de provisional si la palabra llega a los oídos en donde quiere que se le oiga, ni tampoco en el cuidado atento de quien, en ese ahí y ese ahora, come y bebe de lo único que está a su disposición, lo alimenta y le apetece: la presencia que se multiplica: ella y lo que cuenta, ella y lo que mira, ella y su modo de practicar el atávico pero siempre renovado milagro laico de volverse, con el otro, uno y sólo uno. Ella, las prendas del cuerpo desprendidas y su cuerpo horizontal, como quien le dice a la mirada que ya es hora de ponerse plena en esa superficie como un reino siempre diurno y transitable.

Estar, entonces: no pasar tan sólo, porque me quedé a vivir entera esa pequeña eternidad llamada hora noche minuto en el misterio doblemente descubierto de lo enhiesto de su nuca, qué tan terso el cuello, y si para algo pudo ser útil el azar fue para que no supiéramos, y no importaba, si serían la cintura o el ombligo, sus caderas o mis piernas, recostada bocabajo o de costado, si el peso de mi cuerpo concentrándose en un punto, si acaso habría de escalarme como sabiendo siempre por dónde y cómo se ascendía, y los labios una vez dos veces cuantas hayan sido porque nadie iba a llevar la cuenta, para qué si claramente la única posible consistía en esa suerte de ajuste con el mundo y con los años, en el regalo interminable de querer teniendo, tener deseando, desear queriendo más todo el resto inmenso de los rostros desenmascarados de la Gracia ●



Quinta expansión de Tonantzin

Antonio Valle

|||||

metáforas y atisbos, trama y urdimbre de hilos multicolores...
Miguel León-Portilla

ESTAMOS AQUÍ PARA comprender un inestable horizonte de sucesos:

◆ Meses atrás, cuando advirtieron que la guerra era inaplazable, mucho antes de que iniciara el *punteo Guadalupe-Reyes*, en un remoto día de muertos del siglo XXI, un albañil y creador de palimpsestos se aseguró de que no le faltara el aguardiente. Por la turbación que le provocaban las noticias, o la parodia mortal con el que las redes jugaban con su mente, seguía hablando solo: *Total, mi reina; mi suerte –como la de todos– ya está echada.*

Decidió pasar la última noche –o acabar de morirse– despacito, entre canciones de Caifanes y aguardiente. Después de probar apenas su sardina con el arroz de nochebuena, alucinó con fenómenos de energía nuclear; vio bunkers rusos, de Ucrania y alemanes, niñas palestinas entre escombros, mexicanos huyendo en los túneles del Metro. Entre la oscuridad y el silencio, matemáticamente absolutos, salió a la calle y se tiró a esperar la muerte que en cualquier momento descendería del cielo. Por alguna remota coincidencia comenzó a cantar “Antes de que nos olviden”, hasta que suavemente el himno de la revuelta se fue ensamblando con “Break on trough” del Rey lagarto: “La noche divide al día/ Trato de correr/ Trato de esconderme/ Para atravesar al otro lado.”

El poema del chamán fragmentó en dos su cabeza; en medio del eclipse sólo quedaron saltando las chispas del cipactli-pedernal. Todo sucedió muy rápido; tras las bolas de fósforo que descendieron por la copa de la noche estallaron los escupidores y los cohetes. Dentro de aquella borrascosa masa de energía le pareció ver flotando a una muchacha que, envuelta en un manto de turquesa, comenzó a latir con el *beat* del corazón del albañil en extinción. Un segundo antes aquella esquina del tiempo sólo era una ruina, un basurero emocional, milenario y tóxico.

La joven percibió su dolor; su respiración entrecortada, conoció la última esperanza de alcanzar la intersección. Por la gracia –algunos insisten que la gracia sólo es un instinto de conservación–, el artífice se arrastró en el lodazal contaminado. Cuando la muchacha vio su espalda con filas de escamas radioactivas, encendió una pantalla de obsidiana, donde el albañil pudo ver cómo cientos de años antes “ella” había resuelto su desdicha:

A mediados del siglo XVI, dentro del corazón del monte, conservabas el mismo ser, sólo que en lugar del corazón de la locura, te apagabas dentro de un jaguar. Además de la admirable tinta de tus rosetones, traías el cuerpo engastado con pústulas de la viruela. Hoy, como entonces, corriste la laja de tu mente, desplegaste azul cielo en un amate y te acostaste en la noche bocarriba a contemplar la posición de las estrellas.

Por un efecto hipnótico de la aparición, el albañil hundió las manos dentro del mangle ahora curativo y plástico. Las palabras de la muchacha se fueron cubriendo por series de danzantes x (el artista las visualizó como hilos plateados de energía). Mientras terminaba de abrirse la puerta del solsticio, la nodriza de agua y viento terminaba de contar la historia:



El jaguar sensible salió del corazón del monte con las pústulas de la peste secas. Supo que siglos atrás, o adelante, sólo con amor fue posible soportar la incomparable aventura de existir.

Cuando la muchacha comenzó a subir por las escaleras del sueño, el maestro sintió la vibración cromática de un exvoto temblando en sus manos. Entre plantas de nochebuena y cempaxúchitl el albañil supo que había llegado a la casa de la mente, a la casa de un lenguaje donde las palabras se convierten en imágenes.

◆ Además de un texto de Fray Bernardino de Sahagún, en la misma vieja biblioteca digital los arqueólogos encontraron las palabras: *toque nahuaque*: el *cerca y el junto*; antiguo sistema en el que simpatizan conciencia e inconsciente, ética y estética, física cuántica y filosofía. Es posible que los artistas de esta historia, empleando el procedimiento mítico que narra el códex, encontraran la forma para resguardar al ser y al tiempo. Tal vez en un universo paralelo los *bits* del jaguar y del lagarto continúan fluyendo en ondas secuenciadas. De ser cierto, cuando estalló la guerra del fin del tiempo, el albañil se acercó hasta un portal de aguamarina, oro y obsidiana; y tal vez ahora y aquí mismo, donde alguna vez existieron edificios deslumbrantes que cegaron a los cielos; moviéndose entre el canto de los ahuehetes, latiendo en el núcleo atómico de las chinampas o espejeando en el humo de copal, todavía existan pasos –o santuarios– que ensamblan a la *Vieja ciudad de hierro* con estos cuerpos de agua. Siguiendo el mismo procedimiento matemático, tampoco es imposible imaginar que por esos cruceros fluya la misma energía de regreso. Seguramente el artista del siglo XVI comprendió que, entreverados con las milpas y las nopaleras, habría sobrevivientes de la epidemia pavorosa; que entre edificios y esquinas derrumbadas en el siglo XXI, algún joven desconocido y una muchacha solitaria necesitarían estar *cerca y junto* a una invencible encrucijada de tiempo. El jaguar, que se había transfigurado en un *tlamantinime*, escribió *La flor de fuego primordial*, poema en el que giran en el infinito *la virgen, la madre y la amada niña*. Finalmente, el albañil, visionario creador de palimpsestos, añadió esta promesa a la pintura de su exvoto: *Flota entre relámpagos la fuente/ que a sí misma se inventa* ●



La flor de la palabra/ Irma Pineda Santiago

Declaratorias de Patrimonio Cultural

LUEGO DE LA publicación de la Ley Federal de Protección del Patrimonio Cultural de los Pueblos y Comunidades Indígenas y Afromexicanas en enero de 2022, en los Congresos estatales del país han abundado propuestas relacionadas para establecer Declaratorias de Patrimonio Cultural, seguramente con las mejores intenciones por parte de sus proponentes, quienes buscan comprometer a los estados a reconocer y salvaguardar sus elementos culturales más importantes. Sin embargo, es necesario revisar la trascendencia de esta figura jurídica que, si bien busca el reconocimiento simbólico de dichos elementos, quizá en los hechos no logre sus objetivos, generando incluso un efecto contrario, al hacer visibles patrimonios culturales que la comunidad resguardaba discretamente y que, al ponerse en el ojo público, también se vuelven objeto de deseo de los intereses institucionales y empresariales.

Según la UNESCO, el patrimonio cultural “es el legado que se hereda del pasado y que se transmite a las generaciones futuras. Está compuesto por bienes tangibles, intangibles y naturales que forman parte de prácticas sociales y que tienen valores que se resignifican a lo largo del tiempo”. Cuando se declara algún elemento como un Patrimonio Cultural, significa que se valida un documento jurídico que busca la preservación de dicho patrimonio (material e inmaterial). Sin embargo, las declaratorias no representan un aporte importante para los pueblos y sus integrantes –muchos ni siquiera nos enteramos de dichas declaratorias–, ya que este reconocimiento no va acompañado de ninguna acción y menos de algún presupuesto para la protección efectiva de estos elementos culturales, o para impulsar su fortalecimiento y desarrollo.

Es importante observar que varios de los elementos culturales de los pueblos originarios son compartidos por poblados aledaños, por lo que es complejo delimitar su pertenencia. En este sentido, se generan conflictos entre los pobladores cuando las autoridades declaran algo como un Patrimonio Cultural asignando un lugar específico, ignorando a otras comunidades. También hemos visto, por ejemplo, que se ha declarado como Patrimonio Cultural a las fiestas tradicionales, sitios arqueológicos o sagrados, o a lenguas indígenas en determinados estados, pero sólo han quedado en discursos vacíos que no protegen ni fortalecen, ni propician la permanencia de las lenguas, las tradiciones o los espacios, ya que mientras la retórica va y viene, las lenguas siguen su acelerado desplazamiento, las tradiciones agonizan frente a la modernidad y los sitios sagrados son vandalizados. Si los elementos culturales han logrado trascender el tiempo y sobrevivir al avasallamiento de las lenguas dominantes y al racismo, ha sido por el esfuerzo cotidiano de los pobladores, los que aman, cuidan y sostienen su propia cultura, sin esperar que ningún documento oficial venga a salvarlos.

En este sentido, la propuesta debería ser que, junto con la Declaración de Patrimonio Cultural, los Congresos locales y el federal asignen una partida presupuestal para desarrollar las acciones necesarias que hagan real y efectiva la protección a los nombrados patrimonios, además de difundir ampliamente en la cultura que corresponda la importancia de los mismo, para que las nuevas generaciones en los pueblos conozcan su historia, su vinculación emocional y cosmogónica con tales elementos, y para que así sean ellos mismos quienes continúen su resguardo y protección, sobre todo frente a aquellas instituciones, personas, marcas y empresas que sólo han buscado explotarlos en beneficio propio, sin mejorar en nada las condiciones de vida en los pueblos originarios, a pesar de que algunos de estos vínculos se disfrazan de “colaboraciones”. Todo esto deja claro que los títulos no han protegido a las culturas originarias de los procesos de robo y extractivismo, eufemísticamente llamados “apropiación cultural indebida” ●



▲ Teatro de momias y El juego de mamá. Fotos: <https://www.granguinolpsicotronico.com/galeria>

La otra escena/ Miguel Ángel Quemain quemain@comunidad.unam.mx

La poética de Luis Alcocer y Rodrigo Castillo

LA CELEBRACIÓN de estos primeros diez años de creación del Proyecto Gran Guiñol Psicotónico muestra el trabajo de Luis Alcocer, director, dramaturgo, músico y artista plástico capaz de digerir y de devolver multiplicadas un conjunto de ideas que obseden la creación escénica, y también muestra la posibilidad de un músico, Rodrigo Castillo Filomarinero, acostumbrado a derrotar el ego, esa forma de subjetivar la precariedad *existencial* que tienen los grandes artistas para evitar heridas fatales.

Asombra este recuento documental de la trayectoria de la compañía y de poner a Rodrigo Castillo Filomarinero frente a los productos de su propia imaginación con este disco que, para el compositor y el ejecutante, es uno de los ríos subterráneos que transitaron una década, misma que se pasa como un suspiro cuando se ponen en escucha una serie de “fragmentos” de obras que ya no están y parece que no estarán entre nosotros en formas de reposiciones o repertorio de una compañía, a pesar de su trascendencia en la escena mexicana.

No sé qué pasaría si un compositor de su trayectoria decidiera hacer un “corte de caja” y antologar sus “trabajos para teatro”, sus “trabajos para danza”. No sé si tendría el mismo sentido estético, conjuntural, y solamente anotara la circunstancia de cada una de las piezas en una nota al pie de un cuadernillo individual.

Evidentemente, Rodrigo Castillo puede hacer eso porque finalmente la calidad de su imaginación le permite “caminar solo”. Sin embargo, él no se lo permitiría porque –en sus propias palabras– uno de los aprendizajes de estos años ha sido someter al ego y asumirse como parte de un colectivo que borda sobre el tapiz complejo de una historia cultural que va de José Alberto Gallardo y Rossana Filomarinero a Ángeles Cruz.

Hace un par de semanas tuve la oportunidad de encontrarme en diálogo con Luis Alcocer Guerrero para hablar de esta primera década de la compañía y tratar de hilvanar algunos de los hilos

que bordan esta memoria. No es fácil conversar con Luis Alcocer, a pesar de su enorme disposición y generosidad para hacerlo (<https://radiopodcast.unam.mx/podcast/audio/39123>).

Si se revisa, tampoco hay una historia larga de conversaciones, ni de una crítica robusta sobre el conjunto de trabajos, con todo y que periodistas/críticos sensibles y comprometidos como Gonzalo Valdés Medellín y Alegría Martínez se ocuparon de ello. Ana Lara, compositora y musicóloga, propone un texto breve que reconoce la escucha como un acto fundacional y escaso, y que la música de RCF “puede tener una vida propia fuera del teatro”.

En 2007 podía leerse el trabajo de Luis Alcocer para obtener la licenciatura en Literatura dramática y teatro, una tesis sugerente y visionaria que le dirigió Fernando Martínez Monroy (con un gran rigor académico) con el título *Teatro gore: una aproximación al drama granguiñolesco a partir del análisis dramático de Crime dans une maison de fous ou Les infernales de André de Lorde y Alfred Binet*, dedicada a su padre, al lorquiano y medianoche babilónico Luis Armando Lamadrid y Xabier Lizarraga Cruchaga.

Es un trabajo (<https://ru.dgb.unam.mx/handle/20.500.14330/TES01000624115>) que sin dificultad podría leerse como una aportación doctoral por la originalidad de sus planteamientos y la capacidad de problematizar con la tradición mexicana, las fuentes teóricas, realizar todo un ejercicio y un gesto cultural al ofrecer la traducción de una obra directamente del francés (*Crímen en el manicomio o Las infernales*), discutir críticamente la noción de género con uno de los grandes mitos devocionales de la Facultad de Letras, Luisa Josefina Hernández y junto a ella ese canon crítico de Eric Bentley. Está también su *Florilegio de teatro psicotónico* editado por El Milagro en su colección de Teatro emergente. Ojalá y Luis Alcocer encuentre los horizontes para una nueva aventura que seguro está amaneciendo en su interior ●

Galería/ José Rivera Guadarrama

Hitchcock y la primera película sonora de Europa

EN LA AMPLIA filmografía de Alfred Hitchcock (1899-1980) prevalecen títulos reconocidos como parte esencial de la producción cinematográfica mundial. Sus películas destacan, al mismo tiempo, por su complejidad y sutileza, otras por la profundidad emocional que reflejan, sin dejar de lado la capacidad que tienen para inquietar, incluida la temática de sus obras.

Asimismo, es creador de uno de los cambios más profundos que ha experimentado el cine, ya que también es considerado como el primer director británico en dirigir una película sonora: el filme titulado *Blackmail* (1929), a su vez el primer largometraje sonoro británico que narra la historia del detective Frank Webber y su pareja, Alice White, interpretados por John Longden y Ondra, chantajeados por un desconocido que descubre el intento de ambos de ocultar el asesinato que, en defensa propia, ella cometió.

Aquella transición del cine mudo al sonoro no fue sencilla, estuvo llena de complejidades técnicas, incluidas la adecuación de las salas de proyección y la especialización de los sectores profesionales como guionistas, quienes tuvieron que innovar en las formas de escribir o narrar bajo las nuevas condiciones que exigía esta naciente industria.

Entre los escritores pioneros del cine sonoro están los guionistas Robert Riskin, Dudley Nichols, Ben Hecht; ellos fueron de los primeros en ofrecer los textos que iban a desarticular la dependencia de los modelos teatrales, con el objetivo de establecer otras fórmulas cinematográficas.

Durante 1933 fue más notorio este irreversible cambio. A partir de entonces comenzaron a proyectarse películas en las que los rezagos del cine mudo comenzaban a ser más notorios. El constante desarrollo tecnológico comenzó a propiciar la fabricación y especialización de cámaras más ligeras, con ópticas más sofisticadas que, al mismo tiempo, permitirían nuevos encuadres y sistemas de movilidad.

El contexto cultural cinematográfico a nivel mundial se basaba en la expresividad de la imagen, en sus movimientos, que, con los actores, eran la materia prima con la que se articulaba la industria de aquellas décadas. El cine mudo y sus espectadores estaban habituados al silencio; incluso, la adaptación del sonido no resultó agradable para algunos cineastas y teóricos; las nuevas propuestas eran vistas como una amenaza a la pureza expresiva de las imágenes.

Con *Blackmail*, Hitchcock demostraba que se podían aprovechar las limitaciones técnicas de aquellos años, dando cabida al sonido junto con largos momentos de silencio. De esta manera aportó otras posibilidades perceptivas del lenguaje visual, reforzadas con el uso cuidadoso del sonido acompañando a los movimientos. No por nada sus películas representan un compendio de recursos para generar inquietud en los espectadores.

Hitchcock fue el creador de diferentes procedimientos cinematográficos muy variados que, con el paso del tiempo, otros cineastas han repetido de manera constante, reconociéndolo como el iniciador de lo que se conoce como la técnica de reducir el campo visual, o “la ventana indiscreta”, además de los reflejos en superficies planas como las ventanas, sin dejar de lado los movimientos a contralectura, las contraposiciones visuales, la graduación lineal de la luz y la iluminación enfática, entre otros.

Este largometraje sonoro fue también el primero en realizarse en un país europeo. Aquellos primeros diálogos no son nada profundos, al contrario, reflejan la cotidianidad de cualquier plática informal, al mismo tiempo que generan un acercamiento de complicidad y camaradería; son tan espontáneos que quedarán marcados dentro de la historia del cine sonoro. “Bueno, esta noche terminamos antes de lo esperado”, son las primeras palabras pronunciadas en *Blackmail*, luego de eso, lo filmado con el paso de los años se conocerá como “diálogos” dentro de una industria que continúa perfeccionándose ●

Porque profundamente glorifiqué Ángelos Sikelianós

Porque profundamente glorifiqué y creí en la tierra
y en la huida no abrí mis alas secretas,
sino arraigué toda mi mente en el silencio,
he aquí que de nuevo en mi sed salta la fuente,
fuente de vida, bailarina fuente, fuente mi alegría...

Porque nunca pensé en el cuándo y el cómo
sino hundí mi pensamiento en cada hora,
como si en ella se ocultara innumerable el propósito,
he aquí que ahora con buen tiempo a mi alrededor o con chubasco,
todo redondo el instante brilla en mi mente como fruto,
¡llueve el fruto desde el fondo del cielo y dentro de mí!

Porque no dije: “Aquí empieza la vida, aquí termina...”
sino “si el día es lluvioso más rica luz arrastra...”
pero también que el sismo cimenta más profunda la creación,
pues el pulso vivo que la tierra crea es secreto...”
he aquí que todo lo efímero como nube se disuelve
¡y he aquí que la magna muerte se ha vuelto mi hermana...!

Ángelos Sikelianós (1884-1951). Poeta con enorme presencia en la poesía griega del siglo XX. Su compleja obra, escrita en un vigoroso demótico y con gran fuerza lírica, tiene como una de sus referencias fundamentales el espíritu griego antiguo contenido en la mitología y en los ritos ocultos o *misterios* como los de Eleusis, Delfos y Olimpia. Congruente con las ideas expresadas en su obra, en 1927 y 1930, junto con su mujer Eva Sikelianós Palmer, y siguiendo el espíritu de la danza concebido por Isadora Duncan, organizó precisamente en Delfos, “el ombligo del mundo” para los griegos antiguos, las famosas “Fiestas delficas”. Su obra poética hasta 1946 está reunida en tres tomos con el título genérico de *Vida lírica*.

Versión de Francisco Torres Córdova.

Bemol sostenido/ Alonso Arreola

@escribajista

Café Tacuba. Feliz Edad Es

“¡ESTAMOS FELICES!”, dice uno de los organizadores cuando, de camino a las cervezas, lo encontramos junto a su equipo de producción. “Sesenta mil boletos vendidos, ¡imagínate!” Hablamos de la celebración por los treinta y cinco años de Café Tacuba en la arena GNP. El *show* histórico que estaba por comenzar ese 5 de diciembre.

“Pero qué bien”, respondemos mientras pensamos que no es para menos; que mantenerse tanto tiempo con la misma alineación superando modas, cambios generacionales y mutaciones de la industria, debe causar un gusto indescriptible, pero también gran responsabilidad.

Ya luego, tras dos horas y media de música y en *backstage*, nos encontraremos con otros colegas del tinglado, igualmente conmovidos. Fermín IV, Sergio Arau, Pacho Paredes, Mike Sandoval, sólo por mencionar a algunos de quienes pudieron atestiguar esa fiesta memorable, aniversario que compete a todos los jinetes del aire. Pero vayamos a un principio más personal.

La primera vez que vimos a Café Tacuba en vivo fue a mediados de los noventa. Íbamos haciéndola de *staff* con los amigos de Las Malas Lenguas (grupo firmado por Discos Dodo en 1992). Ellos abrían el concierto en un pequeño lienzo al norte de la ciudad. Era una zona cercana a Satélite, cuna donde los tacubos sorprendían con el torbellino de sus dos primeros discos (*Café Tacuba* y *Re*). Fue al final de ese día, creemos, cuando nació la incómoda pregunta que jamás, ni en el más sesudo análisis, pudimos responder del todo: ¿qué demonios es Café Tacuba?

Recordamos que entonces la vestimenta del cuarteto aún tenía reminiscencias folclóricas y que, en camerinos, Quique Rangél nos dejó ver su contrabajo marcado con cinta adhesiva. ¡Quién diría que décadas más tarde estaríamos escuchándolo improvisar música contemporánea en Bellas Artes o, más aún, que por su invitación estaríamos aplaudiendo otro abultado aniversario del grupo! Bueno, tal vez él sí lo imaginaba. Es probable, dicho ello, que Meme del Real también se soñara como un prolífico productor; que Joselo se proyectara como escritor notable y que Rubén Albarrán decretara su futura multiplicación con apelativos y proyectos variopintos. Tal vez fueron esos logros individuales los que, en situaciones de crisis o distanciamiento, mantuvieron unido a su conjunto.

Es evidente que a esa durabilidad han abonado aliados como el productor Gustavo Santaolalla, presente y partícipe del espectáculo, igual que la banda oaxaqueña Los Inútiles y que Álvaro Henríquez, líder de Los Tres de Chile y autor de “Déjate caer”, tema arreglado con fortuna para la *Avalancha de éxitos*.

Otros que merecen reconocimiento, también, son los músicos acompañantes en distintas etapas del grupo, aunque hay uno que exige atención especial: Luis *el Children* Ledesma, baterista que suma enorme sustento al mito escénico. En todo ello pensamos mientras sonreímos y las canciones fluyen. Pero aparece una pausa reflexiva.

“Dejamos de tocarla para provocar el diálogo y para decir que la violencia nunca es la solución –dice Rubén–. Deseamos que la diversión de la música y del baile nos dé fuerzas para comprender al otro... para respetarlo”, concluye.

Sigue un zenit extático. El reconocimiento del público hacia una obra que durante años ha conectado a los autores con su parte femenina. El estadio recuperando “Ingrata”, pieza de su posesión que revive a *capela*, atendiendo al despecho del personaje valentón, ficticio como María la *Marchita* o como Mariana en “Las batallas” (precioso homenaje a José Emilio Pacheco).

Y así, entre flores, locomotoras, malafachas, dulces tentaciones y chicas banda, se nos va un concierto que trasciende épocas y géneros con sencilla honestidad. Derrotados pero felices, acordamos finalmente que la respuesta a esa pregunta (¿qué demonios es Café Tacuba?), encuentra su sentido al brillar en lo inefable. En lo insoluto. Aplaudimos pues a los cuatro caminos. ¡Bravo, bravo, bravo, bravo! Buen domingo. Buena semana. Buenos sonidos ●



Cinexcusas/ Luis Tovar @luistovars

Balance 2024 (I de II)

CUANDO SE TRATA de una empresa, una institución o una entidad pública, lo usual es que, si se quiere hacer un balance, consista esencialmente en un conjunto de cifras que den cuenta de los posibles avances, retrocesos y estancamientos que se hayan presentado en un lapso específico. Cuando se trata de una persona, dicho balance pierde la precisión de la cifra y suele centrarse en lo que se hizo, lo que se dejó de hacer y, aunque con enorme inexactitud y de manera extremadamente apreciativa, el estado general que se guarde al final del período: si por ejemplo el año que concluye fue bueno, regular o malo, si uno está mejor o peor que cuando empezó.

Si el cine en México –ojo, no sólo el cine mexicano sino la industria cinematográfica en su conjunto– fue no una entidad multisectorial sino una persona, ¿cuál sería su balance a finales de 2024? Muy probablemente se miraría a sí mismo como lo hizo un año y dos y tres y cuatro atrás: llevando a cabo sus tareas, no necesariamente completas ni a plena satisfacción, pero con la sensación de que *ahí la lleva*, y con el renovado propósito de que *ahora sí* ha de cumplir con todo lo que se propone y requiere hacer para mejorar.

Los cuántos

EN EL TERRENO de lo cuantificable, a Cinenmexico quizá no le iría demasiado mal, según el área que se revise: la exhibición diría que el año no estuvo nada mal, considerando que aun sin haber expandido significativamente sus alcances, sí lo hizo con sus ganancias; eso sí, se guardará de mencionar cómo es que estas últimas mejoraron, limitándose a festejar el aumento y esperando, no sin la confianza que le da saber que todos los años es igual, que el año entrante la cosa se habrá de repetir: su balance indicará que una semana sí y la otra también, las siete mil y pico salas continuaron presentando aquello que la industria fílmica estadounidense tuvo a bien producir, dejando para cualquier otra un espacio tan marginal como sea posible, de modo que su par mexicano, una vez más, habrá

comprobado que la Ley Cinematográfica es letra muerta en materia de exhibición.

Si se tratara de un cuerpo y la cinematografía gringa fuese un brazo y la mexicana otro, el primero parecería pertenecer a un luchador mientras el segundo sería tan escuálido como un popote. No será, por cierto, debido a que falte producción fílmica nacional, sino a que sigue permaneciendo paradójicamente invisible, fenómeno para el cual unas razones serán comprensibles y otras decididamente inaceptables: entre las primeras, anótese que siempre habrá películas con posibilidades comerciales más o menos realistas, otras que querrán y no podrán, así como muchas otras que fueron creadas sin siquiera parar mientes en su imposibilidad intrínseca para ser conocidas masivamente; entre las segundas destáquese la doble, quizá triple distorsión implicada en las décadas que llevamos normando criterios apreciativos usando como unidad de medida al cine estadounidense, la monopolización que éste hace no sólo de las salas sino del bagaje fílmico del cinéfilo, y la consecuente desvalorización del cine nativo, cuando no se parece a aquello a lo que ya se está tan acostumbrado.

Los cómo

FUNCIONAL O NO, positivo o todo lo contrario, el hecho es que con el arribo de nuevas autoridades gubernamentales, que naturalmente imponen su visión y propósitos en todos los rubros de la vida pública, en México muchas cosas se reinventan –o se actúa como si así fuera– cada seis años. En 2018, para el cine mexicano esa reorientación implicó ciertos cambios, que por cierto no dejaron contenta a una buena cantidad de quienes forman parte del mismo: la desaparición, luego fusión, de los fideicomisos fílmicos, considerados por muchos como fuente intocable e indispensable de recursos, pero también –y hay que decirlo– de su exclusiva propiedad, así como la intención al menos de generar un cine distinto al que se filmaba casi exclusivamente, por un lado cambió las reglas del juego aunque, por otro, dejó intocados aspectos torales. (Continuará.)

El rock del abuelito

Hermann Bellinghausen

—¿TOCARÍAS CON TUS chicas en mi cena de Navidad? Se va armar una megafiesta que no te querrás perder.

Manfredo está activando su equipo de sonido en un amplio rincón del comedor turístico donde lo tienen contratado para amenizar las noches en temporada alta. La pregunta lo agarra por sorpresa, escupe una risotada:

—Deja que lo piense, padrino, pero no creo.

Sonríe al tipo, que le apunta el índice anillado en oro con ademán y expresión de Saul Goodman, haciéndose el exitoso que no acepta un no por respuesta da a entender “en eso quedamos, ¿eh?”

El Man carga con estoicismo su sexta década en estado avanzado, arañando ya la siguiente con razonables bíceps que exhibe, prietos como todo en él. Se carga un liviano requinto verde pistache en forma de flecha que a ratos prueba con un estrépito de bombásticos acordes. Peina (¿peina?) una greña en buena medida cana. Chaleco de mezclilla y camiseta negra sin mangas con el logo mudo de Prince, cruz, sexo y puñal.

Cuando su presunto empleador lleva la mitad de su hamburguesa las chicas de la banda ocupan sus puestos tras la batería y los micrófonos. Ronca el bajo a la derecha del Man. Sin más preámbulo se arrancan con Chuck Berry pero a lo largo de la velada el Man demuestra que maneja el repertorio inmortal del rock con naturalidad y en abundancia.

Se activa la vocalista-corista-guitarrista de acompañamiento a un lado de la del bajo. Se nota a leguas que son hermanas. Ambas de negro y muy llevadas con el Man, que las cabulea entre canción y canción en clave zepelín, piedra rodante, púrpura profundo, nirvana, ferretería metálica, algo de Janis para lucimiento de la vocalista, que también se tira *I'm you Venus*, *I'm yor fire*, *your desire*. Llegados a rifles y rosas el Man se coloca un bombín grotesco onda Slash con todo y caireles negros que tapan su rostro mientras pasea entre las mesas su guitarra inalámbrica.

De pasear un sábado en el tianguis del Chopo, combinaría al tiro con el personal. A lo mejor allí se surte de *tisherts* y *cade-nitas*. De chavorruco a rucanrolero, el Man viene de todas y de tocho morocho, de para arriba y para abajo y los otros lados del poliedro que llaman vida.

La triste canción amor del Tri es celebrada por los numerosos comensales de las pizzerías, chelerías y taquerías del recinto. Beben y graban con sus celulares aspectos de la tocada que se les ofrece como aperitivo. El Man requintea de mesa en mesa con mucho afán y coquetea con las damas sin que eso pase por acoso pues nomás se hace el chistoso y en las redes sociales las reacciones en seguida lo enrisan.



Entre albuces y referencias nostálgicas a su siglo, el pasado, el Man revela el vínculo familiar entre las hermanas y él, orgulloso padre de tan potentes potrancas sazonadas y curtidas desde la cuna en las lides del rocanrol. Sólo la genética de la baterista, una güereja, parece diferente, lo cual es bueno para llevar el ritmo y el contratiempo, la síncopa y el batacazo brutal cuando resulte necesario. ¿O será que esta teoría genética que me acabo de inventar es errónea? Ya ven el trío The Warning, esas niñas regias, metaleras y carnalas por los cuatro costados; la baterista, bobita como se ve, ya es una de las mejores del mundo según la prensa especializada. Qué sé yo de genética y ritmo.

Comer, beber, fumar y amar, el que no bebe vino a qué chingados vino. *I can't get no... satisfaction* inunda los rincones del espacioso patio y todos tan a gusto con el repertorio inmune al punchis-punchis y el reguetón de otros espacios menos habitables.

Igualmente a gusto, el Man ya sabe la respuesta para ese Mejor-Llama-a-Saúl que no deja de cazarlo con la mirada exagerando su guiño triunfador. Para Noche Buena, de haber rock será en familia con mole de romeritos y camarón seco. El Man se pondrá a sus dos nietecitos sobre las rodillas, les hará caballito y les regalará su primera camiseta de Iron Maiden y Pearl Jam, respectivamente ●

En nuestro próximo número

La Jornada
SEMANTAL

SUPLEMENTO CULTURAL DE LA JORNADA

CARL SAGAN

O LA PASIÓN POR
EL CONOCIMIENTO